Con motivo de la publicación de un número especial de la revista **ContArte**, *del grupo cultural* Artimés, *que recogía relatos de temática astronómica, cosmológica y astronáutica, hemos llegado a un acuerdo con sus autores, muchos de ellos miembros a su vez de la AAS, para poder reproducirlos aquí, así como las ilustraciones que los acompañan. Invitamos a nuestros lectores y lectoras que sigan la revista* **ContArte**, *ya que en cada número ofrece literatura con una temática distinta y muy interesante. En esta cuarta entrega recogemos el relato de* **María Castellví**.

¡Esperamos que os guste!

Luces de San Lorenzo

María Castellví

Tumbadas al raso... ¿Qué demonios hacemos un doce de agosto aquí arriba? Anastasia y yo hemos tirado los bártulos a un lado del sendero, con la ilusión de ver un auténtico festival de estrellas fugaces. En el camping donde pasamos las vacaciones, al borde del mar, hoy demasiada bruma, demasiada contaminación lumínica.

De pronto, una especie de serpiente luminosa, que irradia destellos anaranjados, se desliza zigzagueando por la colina entre los fieros matorrales de espino y maleza. El soberbio Mondúver, el monte sagrado para los antiguos pobladores musulmanes, se recorta en el paisaje imponente, en esta madrugada de luna nueva.

Anoche, en el pub Joker, del paseo marítimo, un par de turistas alemanes algo ebrios, querían convencernos para subir juntos hasta este lugar, para contemplar las llamadas Luces de San Lorenzo; justo en este altozano donde nos encontramos ahora, a veinte kilómetros de nuestra playa.

Esta mañana parecían otros, pasados los efluvios, pero a mí, sinceramente, no me apetecía que vinieran con nosotras.

Sobre nuestras colchonetas, vigilamos la trayectoria de esa hilera de chispas de luz, inquietante, que baja a buen ritmo en nuestra dirección.

La serpiente ya está a pocos metros de nosotras. La vemos brincar, dando tumbos sorteando los rudos peñascos, a la vez que se escucha un sonido metálico que nos pone la piel de gallina. Tal vez pudiera tratarse de un grupo de cómicos ambulantes, que bajan a las fiestas del pueblo, pues cuentan que hay muchos por aquí durante el verano.

¡Buff...nada de nada...! Ni feriantes, ni extraterrestres, ni misterio que valga, sino un grupo de boys scouts. Un ruidoso tropel de jóvenes boys scouts, linternas en mano, haciendo sonar los mosquetones al ritmo de la marcha. ¡Menudo alivio!

Han pasado como el caballo de Atila junto a nosotras, y les ha debido resultar bastante curioso descubrir un par de chicas jóvenes en medio del campo, con las caras desencajadas, esperando la llegada de algún marciano.

"Anastasia, querida, mira que eres supersticiosa, mira que siempre lo serás. Te he pillado haciendo la señal de la cruz lo menos diez veces, muertita de miedo no fuese a ser la Santa Compaña ¿verdaaaadddd, Tasi?"... Pienso.

Te miro sin hacer comentarios; simplemente, compruebo, de refilón, cómo sueltas una risa tonta, que me contagias de inmediato. Sabes perfectamente que la Santa Compaña jamás cruzaría la línea roja de tu Galicia profunda, aunque durante unos minutos los nervios los hemos tenido a flor de piel y hoy es una noche sin luna.

Los sutiles tentáculos de la hierba van penetrando hábilmente a

través de las colchonetas, acariciándonos las espaldas desnudas.

—Pongámonos las camisetas —te digo, estremeciéndome— aún tengo el bikini húmedo, pegado al cuerpo.

Anoto en mi mente como en un diario: "Una de la madrugada. La gran lluvia de estrellas se está haciendo esperar". Tal vez San Lorenzo quiera ahorrarse el llanto de este año, y lo deje para tiempos aún peores. Aunque, doy fe, de que alguna lágrima furtiva le está resbalando sin darse cuenta.

"Cuando hay calma y luz en tu interior, la adversidad se funde en el paisaje". Me gusta esta frase, aunque no sea mía.

Sucede que, en este prado, tumbaba boca arriba, me encuentro expectante; apostando mi destino al "azul profundo" de la ruleta cósmica. Quizá lo más semejante a un enigmático agujero negro que puedo imaginar.

Una hora después, anoto también: "Una de la madrugada y nada realmente extraordinario ha sucedido todavía". Caen mis párpados a plomo… Me gusta sentirme ingrávida, como un gurú, sobre mi colchoneta de poliéster rosa. Enviándole mensajes en Morse al alma Franco Battiato, que en las noticias cuentan que acaba de morir, y no doy crédito. Él, gran amante del Cosmos y su magia insondable.

Apenas hemos avistado media docena de estrellas fugaces, pero Tasi se empeña tercamente en seguir observando el infinito. Ella es noctambula y puede dormir con un ojo abierto como una criatura nocturna:

—Lo prometo, te lo prometo, lo prometo…—murmura Anastasia como un mantra.

—¿Decías algo, Tasi? Pareces una lechuza…— y me río divertida.

—Cosas mías, Lu —contesta, molesta—. ¿Sabes?, te conviene pedir un deseo.

"Me miro en tu espejo para saber quién soy, Universo mío"… Demasiadas palabras que bailan haciéndome guiños entre los vapores del duermevela.

De pronto, una estridente voz rasga el silencio: "¡Allí, allí, hacia la izquierda, por detrás del Mondúver! ¡observad chicos, ahora no paran de caer…!". Son las voces juveniles de los excursionistas alborozados.

La bóveda celeste titila en una especie de festival de pólvora. Me despejo de inmediato y ambas nos ponemos en pie como autómatas:

—¡Caray! —suelta Anastasia—. ¡Y creíamos que estábamos más solas que la una! Pues te digo que huelo a estos alemanes cabezotas rondando por aquí.

Pudiera ser. Se escucha un alegre parloteo en otras lenguas y también ladridos perrunos entremezclados:

—Seguro que estos dos se han subido a los perros con ellos —suelta Tasi, con ironía. Ahora todo encaja en esta especie de teatrillo de sombras, intentando seguir la trayectoria de alguna de esas bolas incandescentes al ritmo de "busco un centro de gravedad permanente…". Mientras la tarareo por lo bajinis, pienso en que la verdadera clave la guarda el Universo.

No es posible encomendarse a una ni a dos. ¡Son decenas de estrellas, centenas… las que asoman en todas direcciones. Imagino al pobre de San Lorenzo sobre su parrilla, llorando a moco tendido, sin consuelo, en esta época desastrosa tras la pandemia.

—¡Este lugar está plagado de mosquitos! — gruñes, palmoteándote por todo el cuerpo.

Cazo al vuelo un meteorito bellísimo, de melena llameante. Los expertos le llaman "bólido"; a él dirijo mi único deseo. Uno solo. Es verlo y fundirse de inmediato en las tinieblas. Me pregunto dónde habrá ido a parar.

La madrugada avanza y Las Luces de San Lorenzo, o Lágrimas del Santo, iluminan el monte sagrado. El del caudillo moro Al-Azraq el Blau. Que significa "el azul", por sus ojos azules, según relata la leyenda, igual que estrellas zafiro. Parece como si en la cumbre se librase una batalla de titanes cósmicos. Del otro lado del camino, alguien parece querer saludarnos, haciendo señales con un laser verde. Su compacta envergadura me resulta conocida:

—¡Pero si son los alemanes!— contestas, chillando como una adolescente. Veo titilar también tus ojos felinos, con una pizca de polvo de estrellas plateado. Eso sucede cuando se escudriña tanto el firmamento, como lo haces tú, querida Anastasia.

—Oye Tasi— le digo de mala gana— deberíamos regresar al camping. Espero que no nos dejen cegatas estos insensatos. Los laser están prohibidos.

—No seas aguafiestas, Lu. Sabes perfectamente que llevo uno en la mochila. Antes hasta se vendían en los chinos.

"La adversidad se funde en el paisaje…" . ■

Ilustración por:

LAURA ÁLVAREZ